

Notas para una interculturalidad educativa

Freddy Javier Álvarez González

1. A manera de punto de partida

Aimé Césaire en su discurso sobre el colonialismo decía:

No nos libraremos fácilmente de las cabezas de hombres, de las orejas cortadas, de las casas quemadas, de las invasiones góticas, de las sangres humeantes, de las ciudades que se evaporan por el filo de la espada (1955, p. 20-21).

Luego, cualquier planteamiento que hagamos contra el colonialismo no se fija fácilmente en el ámbito del discurso, por el contrario, es molesto y des-estructurante, aun para las mentes más liberadas. De ahí que la narrativa sobre la interculturalidad puede tener algunas resistencias intelectuales, por consiguiente, con límites en la espera de su aplicación.

Así como no podemos referirnos a la interculturalidad sin tocar el fenómeno del racismo, tampoco podemos pensar el racismo y la interculturalidad sin advocar al Capitalismo que coloniza nuestras vidas, deseos, sueños y mentalidades. Al respecto, Bifo Berardi dice que el capitalismo hoy aparece como un semio-capitalismo para ejemplificar lo que supone la digitalización plena de la vida social. Lo digital, algorítmico y semiológico constituyen las herramientas que le dan potencia al capitalismo en asociación con los medios de comunicación que se han convertido en los aliados estratégicos del neoliberalismo. Por consiguiente, la pregunta de rigor es: *¿cuál es la relación de la interculturalidad con el capitalismo tardío?*

En contra del capitalismo y sus variantes, y dentro de una realidad que constantemente nos desafía y nos devuelve la imagen de la inexorabilidad de un sistema-mundo, se ponen en juego dos grandes alternativas de pensamiento, que pueden ser tres. Por un lado, estamos quienes nos hemos creído depositarios del mandato tradicional del pensamiento crítico, incluso, crítico de la crítica, casi siempre en contracorriente, habitado por el lenguaje político. Para nosotros, *todo es política*. Nos interesa descubrir, diseñar, organizar los caminos de la emancipación

sin perder de vista los peligros que nos acechan, ni dejar pasar las fallas, las contradicciones y las cegueras de nuestros discursos y prácticas. La cuestión del sujeto es capital, por eso su configuración social, su dependencia histórica y cultural y la influencia del psico-análisis que también nos ha llevado a reconocer el *no-todo*, de ahí que cualquier orden social está condenado a la incompletitud, y la insuficiente a pesar de la más radical de las revoluciones. Del otro lado, están quienes apuestan por el antisistema y perforan todas las defensas, incluso las del sujeto convertido ahora en esclavo de su libertad. La dialéctica del amo y el esclavo de Kojève es ahora obsoleta. Desaparecen las resistencias, cualquier lucha está condenada al fracaso. Nos tropezamos con la ruina en el presidio de los miserables. El sujeto no lucha contra lo que se le opone, él es artífice de su propia servidumbre, es creyente del misterio metafísico del algoritmo (Spinoza l, Greco b, Penchaszadech, Ruiz de Ferrer, 2018). El nuevo sujeto crítico de la emancipación deviene un cadáver apocalíptico: *Si ves una luz al final del túnel, como dirá Žižek, es un tren que viene a atropellarte*. Pero también tenemos una tercera narrativa y nos preguntamos: *¿La interculturalidad de los indígenas, los afrodescendientes, los parias de la historia, los migrantes y los que quedan fuera del capitalismo pueden ser una alternativa inaudita, un gap impensable que nos adentre en nuevas formas de emancipación?* Esta narrativa es el objeto de la siguiente reflexión.

Vivimos en el nuevo mandato de lo inevitable, único, global y capitalista. Solo un mundo, un modelo de desarrollo, una manera de hacer las cosas, un tipo de sujeto, una política, una forma de endeudamiento, un sistema económico; el reino teológico de lo Uno se impone, más allá de la retórica de las diferencias. En ningún caso hay salida para la derecha y la izquierda mundial. Nada más falso que la libertad de decidir dentro de un mundo que no fue decidido por nosotros sino por unos pocos, aquellos que se escudan en la filosofía liberal y en el mandato insuperable del mercado, la democracia y los derechos. Los gobiernos reformistas y de izquierda no renuncian a las finalidades del capitalismo, solo que reclaman beneficios sociales para sus poblaciones queriendo reprimir el carácter salvaje del Neoliberalismo.

En la educación tenemos una misma escuela, un único modelo de universidad, un mismo sujeto formateado por unas ciencias vaciadas de la política y la responsabilidad. Un ejemplo patético es la evaluación donde el llamado a oponerse aparece sin ningún sentido. No es un problema de coraje, es que todo se nos volvió normal y lo normal, sin escape, porque, aunque lo sepamos nos da lo mismo.

El fetiche de la mercancía no cede, la cuantificación es el ejemplo más burdo de la educación globalizada. Todo se reduce a la medición, a la dictadura del número. Deleuze tenía razón al anunciar el paso de las sociedades disciplinarias de Foucault a las sociedades del control. El poder del control se ejerce por medio de las mediciones y ya no en la disciplina y el panóptico del encierro. Todo puede ser controlado por medio del mérito medido. En consecuencia, el pilotaje por resultados es un disparate, pues desechamos el mundo de la causa y de los efectos, ahora solo queremos ver interacciones, interrelaciones, así confundimos todo. Pero, lo más grave es que los indígenas, afrodescendientes, migrantes y parias están fuera, no son objeto ni siquiera de la lógica de la dominación.

Decir que *los verdaderos resultados en educación no son medibles, ni observables* aparece como pura basura teórica. *¿Cómo medir la motivación, cómo medir la decisión, cómo saber sobre la emergencia de lo humano. Quién puede decirnos con exactitud cómo se aprende. Quién sabe cómo enseñar?* Meirieu (2018) dirá: *seamos claros, solo la domesticación puede ser piloteada por resultados*. La medición es la reproducción de la servidumbre. La inundación metodológica es el anuncio de la muerte de las finalidades. Al no discutir las finalidades de la educación y solo quedar en el culto de los mejores estamos observando cómo se reproducen miméticamente las famosas y criticadas competencias.

Un educador quiere saber otras cosas, no tanto cuánto avanza alguien en matemáticas o inglés, sino por qué un estudiante mestizo, paria, indígena, afrodescendiente, migrante, puede tener inconvenientes con estos aprendizajes; cómo puede involucrarse en el trabajo un grupo intercultural; en qué momento alguien se arriesga a aprender lo que no sabe; cómo enseñar en un medio intercultural; cuándo nos separamos de las pegs racistas, de los prejuicios sexistas; por qué lo

colectivo es más fácil en medios populares; cómo formar en lo personal sin aislar el ámbito social; por qué el pensamiento simbólico es central en el mundo indígena; de qué podemos servirnos de nuestras culturas. Si admitimos que todo saber es cultural cómo podemos hacer *amasijos epistémicos*.

Por último, ¿qué significa pensar la cuestión negra e india, migrante y paria cuando se está posicionando a través de la educación mundial los entornos de la subjetivación economicista y hedónica, el dominio abrumador del emprendimiento y la meritocracia, en tanto que vía inexorable de la existencia de los individuos y gesto irresponsable del neoliberalismo? Para responder a esta pregunta, vamos a adentrarnos en una hipótesis intercultural con el objetivo de encontrar algunas claves para una educación intercultural y emancipadora.

2. Pinceladas para un método de la interculturalidad

La intercultural no es un enfoque inesperado, es un entramado que encontramos en las culturas, entre los pueblos, en las sociedades, en la gramática, las narrativas y los discursos, en los intercambios, escapes y encuentros; en cualquier espacio donde nos relacionemos con otras, otros y lo otro. Por tal motivo requerimos de un método para observarla críticamente. Al respecto, considero, pueden existir cinco modos que componen el acercamiento a un método de interculturalidad educativa.

Un primer modo es lo que podemos llamar **la interculturalidad negativa**. Este modo es el que busca descubrir los mecanismos de discriminación como: racistas, regionalistas, clasistas, excluyentes, sexistas, visibles e invisibles, naturalizados o patológicos, estructurales o culturales, históricos o contemporáneos; externos o internos, los cuales, de forma general, impiden una interrelación justa, equitativa e igualitaria entre diferentes e iguales dentro de un determinado espacio social e institucional. En todo espacio institucional, familiar, social, educativo, político, cultural, anidan *manchas de interculturalidad negativa*, frente a los otros, otras u lo otro.

Un segundo modo es *la interculturalidad de la identificación y las identidades*. El análisis de este modo se puede develar por medio de nociones, conceptos o valores, por ejemplo: la noción *de patria* identifica y des-identifica. El extranjero está fuera de ella porque la definición de la nacionalidad excluye, por eso la xenofobia es directamente proporcional a los nacionalismos. Los aprendizajes suelen tener identificaciones patriarcales y también racistas. No es que una mujer no pueda estudiar física pero las identificaciones sitúan antes de posicionar. La noción de revolución tributa al pueblo y el conservadurismo a las clases privilegiadas, sin embargo, podemos encontrar visiones de cambio en el lado contrario y posturas reaccionarias, moralistas y conservadoras en los pueblos. La noción de poder está articulada con la riqueza, pero en la resistencia circula el poder y éste se puede distinguir de la búsqueda de riqueza en la partitura más ortodoxa. La noción de disciplina no se adjudica a determinados grupos como los afrodescendientes o los latinos, pero dentro de las sociedades calvinistas se reproduce, casi secretamente, formas anti status quo y espontaneidades que sorprenden. La alegría, se supone, radica en determinadas poblaciones, pero el goce del consumo logra relativizarla y globalizarla. Los indígenas están atados al mito, no obstante, nada más mítico como el Capitalismo y la Modernidad. Los mestizos emergen como ladinos y mentirosos y qué decir sobre la política como mentira muy bien reflexionada por Hannah Arendt. De este modo, el bazar de lo que aparentemente somos se puede desplegar y plegar sin aliento y sin explicación.

Las identidades van más allá de la tautología: *yo soy yo*. La identidad también es igual a: *yo soy el otro, pero sigo siendo yo*. Somos más de lo que vemos y mucho menos de lo que podemos decir. Si la biología es siempre una construcción cultural, las identidades lo son con más razón. *¿Con qué nos identificamos? y ¿en qué identificaciones nos coloca la ideología y las premisas de ciudadanos, militares, maestros, políticos, madres, padres, hombres, mujeres, gay, etc.? ¿Por qué nada es igual a lo que nosotros queremos ver y oír, de forma directa?* En realidad, son fórmulas compuestas y libretos definidos, *amasijos abigarrados*,

pliegues donde lo exterior es interior y lo interior una copia biológica y cultural, porque lo que existe es lo definido por Bolívar Echeverría como *modernidades barrocas*.

Un tercer modo es **la interculturalidad como reconocimiento**. Las identificaciones e identidades son solo una cara de la moneda, la otra está conformada por los reconocimientos y los desconocimientos. Las identificaciones y las identidades corresponden a la pregunta sobre *¿Cómo queremos que nos reconozcan o cómo podemos impedir que nos desconozcan?* El reconocimiento, siguiendo a Kant, es posible por la antesala de un *a priori*. Reconocemos porque ya conocemos. En sentido estricto, el reconocimiento es una identificación. La paradoja es que el reconocimiento no se inscribe de manera exacta en el conocimiento. Así, los reconocimientos son de varios tipos. Existe un *reconocimiento dialéctico* que consiste en señalar que *tú eres lo que no soy*, o hilando más fino, *eres lo que dices que no eres*, pues la afirmación y la negación son una misma cosa, no obstante, lo afirmado no se define por lo negado. Otro tipo es *el reconocimiento liberal* que se manifiesta en el mandato del mercado neoliberal: *tú eres lo que tú quieres ser*. Los mensajes motivadores son la moda política, cultural y mercantil: *you can*. El mestizaje ideológico no deja de sorprendernos. A la repetición casi inconsciente del lema comunista: *el pueblo unido jamás será vencido*, normalmente le sigue el *sí se puede*, o *we can*. Se parece a un menú gastronómico que combina comida china con la hamburguesa americana. En suma, *el reconocimiento liberal* nos vende la idea que *tú eres lo que tú quieres ser*, por eso es exitoso el mercado. El tercer tipo de *reconocimiento es el intercultural* el cual describe que la otra, el otro o lo otro no es nunca lo que está fuera. Las purezas o las esencias son en realidad, combinaciones, mixturas, interrelaciones que nos constituyen y devienen constituyentes. Así, la violencia del otro suele ser nuestra violencia, su terrorismo nuestro terrorismo, su creencia nuestro dogmatismo.

El cuarto modo es **la interculturalidad como diálogo de ciencias y saberes**, la cual no ha implicado una mesa, una conversación o un protocolo, sino que se conforma en lo no-dicho, en la legitimidad sin legalidad y muchas veces fuera de toda institucionalidad. Aunque la ciencia clásica parte de la ruptura con el sentido común, el saber,

presente en todas las culturas, suele anteceder a los resultados últimos de muchas de las investigaciones. En otras palabras, los métodos que constituyen a los saberes, siempre han sido otros y sus resultados empíricos, en muchos casos, pueden estar camuflados en la investigación científica.

Dudar del éxito de la episteme científica sería un despropósito. Negar otras epistemes ha sido una barbarie cognitiva que ha pagado un precio sobre la vida en términos amplios. La inexistencia de puentes entre ciencias y saberes se ha debido al desplazamiento que se genera en la división entre la ilustración y la ignorancia. Quizás el término más apropiado del diálogo de saberes implique algo más que la promesa, pues la incompreensión diferencial tiende a alejarse en su auto-afirmación. En consecuencia, el dispositivo, el puente, el no-lugar pueden ser los métodos que nos permitan transitar entre las dos orillas. O mejor, tal vez lo que nos sirva más es ser ríos que bañan las dos orillas, sin necesidad de confinamientos, o la reivindicación de claustros, o fronteras epistémicas para separar el mito de la verdad y así impedir que las ciencias se sigan tomando los nichos beatificados del saber.

Todo viene de alguna parte, y los orígenes nunca son puros ni lineales, no son únicos ni exclusivos, menos corresponden a linajes o contienen una dependencia consanguínea con el prestigio. Las ciencias y los saberes se han ido constituyendo a lo largo de la historia, las ciencias dentro de la Modernidad Capitalista y los saberes hacen parte de las bibliotecas orales de los pueblos del mundo. Ambos modelos contienen cegueras, errores e ilusiones, sin embargo, la ciencia llena la hegemonía educativa y capitalista. La noción de la verdad es un fármaco que nos ayuda a sanar la *docta ignorantia* tan común en los espacios institucionales universitarios, pero para ello tenemos que discutir sobre la noción de verdad, pues ella también fue secuestrada por occidente y su metafísica medieval.

El quinto modo es *la interculturalidad como distribución de poder*. No es un asunto solo de saber, pero es también de saber; no es solo un asunto de educación, pero es fundamentalmente de educación. El poder lo debemos sacar de su estatus místico y sobre todo, debemos arrebatarlo de la democracia representativa y del fetiche de los

números. El carácter hereditario del poder nos demuestra su genética por encima de cualquier ilusión democrática. El mundo ha devenido democrático solo cuando era el único mundo posible.

La interculturalidad como distribución de poder debe preguntarse sobre la presencia en sentido existente. La presencia no es solo una condición del ser. La presencia de las otras y los otros es una condición de la interculturalidad como poder. La presencia intercultural corresponde con la participación en las decisiones sobre lo otro, que es lo impensable en contra de lo inevitable.

El poder de la interculturalidad está en la intersección de la diferencia, el encuentro con las otras y los otros y la reunión alrededor del otro. La herencia cristiana del poder lo convierte en un aposento monoteísta, por medio de una unidad que generalmente cae en la homogeneidad. Nunca hemos experimentado el poder de lo diferente y menos en sociedades pragmáticas en donde la eficiencia y la eficacia nos exigen acelerar, y, por consiguiente, devenir en antidemocráticos.

La meritocracia ha reemplazado a la naturalización de razas. Ahora somos ilustradamente racistas. El mérito sacraliza la jerarquía de las diferencias. La competitividad y la lucha por ser los mejores nos han colocado en una carrera sin dirección y sin sentido. Reproducimos un autismo social muy visible en el actual mundo universitario. La institucionalidad del mérito quiere dejar la lucha de clases y los colonialismos como asuntos del pasado, cuando en realidad el mérito reproduce todo lo anterior.

Los cinco modos de interculturalidad no son una metodología, ellos configuran un método para la inter-culturalización educativa. La negatividad, las identificaciones e identidades, el reconocimiento, el diálogo de ciencias y saberes, y el poder, conforman el marco para una educación intercultural, el cual se somete a algunas condiciones fundamentales para su inscripción educativa y pedagógica.

3. Condiciones para una pedagogía intercultural

La relación intercultural está presente en el mundo, porque las sociedades se han ido tejiendo por medio de lo otro, la otra y el otro, por su negación en el racismo y la exclusión, el sexismo, el

regionalismo y el clasismo, y por la globalización impuesta y mediada por el liberalismo, mediante objetos y estéticas venidas de otros lugares y mundos. Los artefactos que hacen parte del *mundo de la vida*, vienen de diversos lugares cabalgando en la globalización. Té, café, comidas, noticias, tecnologías, ideas, modas, gustos, narrativas, etc., todos ellos son objetos globalizados para quienes se nos ha abierto el mundo en clave neoliberal. La ampliación global sigue la medida de la repetición por medio de la distinción en el juego de la interculturalidad.

La composición intercultural de cada persona se ha ido haciendo de manera inconsciente, e ideológica. Hoy somos un poco liberales, feministas, ambientales, animalistas y comprometidos con la calidad de vida, apocalípticos, conservadores y críticos. Casi todos lo somos del mismo modo. Dentro de esta composición nos volvemos sobre nosotros y vamos hacia el otro como parte del paisaje turístico. No pertenecemos a una sola cultura. Somos de un lugar y no de otro, un país del Sur y no del Norte, blancos, mestizos, amarillos, negros o indios, jóvenes, adultos o viejos, pertenecientes a grupos de música, fútbol, juegos electrónicos, grupos de interés, mujeres, hombres, gay o sin distinción. La interculturalidad es cada vez más la fotografía de una inter-seccionalidad.

De los cinco modos de la interculturalidad que pueden componer los prolegómenos de un método educativo podemos desprender ocho condiciones para arribar a una pedagogía intercultural.

Una primera condición es que *no existen culturas inferiores o superiores*. La superioridad cultural o inferioridad cultural es una invención ontológica y política. Toda superioridad cultural posee una intencionalidad de dominio porque exige el señalamiento de la inferioridad para legitimarse. La inferioridad es una derivación política de la superioridad. Los considerados inferiores somos más, mientras que quienes se erigen como superiores son pocos.

Si en el mundo animal existen jerarquías por sus huellas biológicas, la humanidad solo avanza mediante el corte con la biología, aunque no la podamos superar. La animalización de las sociedades explica y justifica la verticalidad del poder, por consiguiente, la lucha no es solo frente a la exterioridad, también nos sitúa en la urgencia de luchar

contra nosotros mismos. En consecuencia, la auto-proclamación de la superioridad cultural, al no tener ninguna legitimidad, significará, más bien, el fracaso de cualquier modo de multiculturalismo.

Frente al esquema de dominación *superioridad-inferioridad* proponemos la pedagogía de la *diversidad-común*. La diferencia es constitutiva del ser. El aula es un lugar donde se encuentran personas diferentes, nadie es igual a nadie, todos venimos de mundos diversos, con historias únicas, cada huella biológica es singular, por lo tanto, el aula como el lugar donde todos aprendemos lo mismo, al mismo tiempo, es un disparate, se parece más a una fábrica dedicada a la exclusión de las diferencias porque, en el fondo, tenemos problemas con el reconocimiento de lo diverso. La evaluación que pregunta sobre lo mismo a todos, no tiene sentido. Se presta a confusión considerar que sus resultados cuantitativos son iguales al aprendizaje.

Esa aula de las diferencias también debe ser un lugar para la construcción de lo común. El capitalismo ha roto con lo común. Todo debe pertenecer a alguien. La distinción entre lo público y lo privado siempre ha estado amenazado por la ambición capitalista que convierte el mundo y la vida en una mercancía. Los empresarios creen que la mercancía genera responsabilidad pero en realidad lo que genera es plusvalía y plus-goce. Se cree que solo lo que pertenece a alguien puede generar cuidado lo cual corresponde a la actualidad ideológica.

Lo común se deriva de las diferencias, pero va más allá. Lo común no es lo homogéneo, porque lo segundo busca la destrucción de las diferencias. Lo común se define en torno a las condiciones necesarias para que exista la diferencia. El uno y lo otro se requiere para poder existir. Tal requerimiento implica la definición y la significación de lo común.

La pedagogía intercultural construye las condiciones para romper con la reproducción de la *superioridad-inferioridad* remplazándola por las condiciones de la *diferencia-común*. En consecuencia, tal pedagogía tributa al reconocimiento y potencialidad de muchas maneras de pensar, otros idiomas, -no solo el inglés-, muchos mundos y no solo el occidental, otras sexualidades y no solo las heterosexuales, muchas formas de aprender y no solo las que se articulan a partir de las

ciencias. Para ello, la escuela puede convocar a maestros y maestras de otras culturas, a otras arquitecturas y nuevas maneras de comprender el tiempo y el espacio.

Una segunda condición aborda que *toda cultura tiene elementos tóxicos*. En toda cultura nos formamos, nos reconocemos, nos identificamos, pero también nos perdemos y nos deformamos. No existe una cultura perfecta o angelical. Toda cultura merece la crítica como forma de sanear los defectos o por lo menos, detectarlos y ser conscientes de ellos. Las culturas adquieren elementos nefastos que suelen aparecer como normales e indispensables.

La distancia entre culturas científicas y culturas supersticiosas contiene significados dialécticos debido a que en lo llamado supersticioso encontramos elementos racionales y en lo científico, trazas supersticiosas, sin embargo, no todo es lo mismo. El señalamiento anterior es para advertir que no existe una cultura completamente mala y otra absolutamente buena. Dentro de la racionalidad se reproduce el mito y dentro del mito también se reproduce el *logos*. La crítica en una sola dirección puede estar basada en la verdad, pero también justifica los agujeros injustos y falsos del lugar de la enunciación. Tal advertencia, no anula la crítica, sino que la hace posible en un horizonte constructivo.

La crítica a lo otro, nace en nosotros y la autocrítica de lo otro hacia nosotros, implica a otras y otros. En los dos casos, el lugar de convergencia de la crítica y la autocrítica está en nosotros, en el yo. La advertencia de la toxicidad como crítica cultural implica formación y la emergencia de nuevos criterios. La crítica hacia lo otro no se puede hacer sin autocrítica, sin experiencia, sin catarsis, pues fácilmente podemos criticar a los otros dejando el espejo guardado a manera de protección. En el caso de la autocrítica, aunque el lugar sea el yo, ella viene de lo otro, las otras y los otros. No hay autocrítica si nos pensamos superiores, si creemos que tenemos la verdad, aun porque la verdad que poseemos, epistemológicamente, es una verdad que nos posee.

Se piensa que para el ejercicio de la crítica necesitamos saber y para la auto-crítica debemos tener una dosis de humildad. El crítico suele estar revestido de un aire de suficiencia. La autocrítica puede

ser falsa cuando no nos lleva a modificaciones. La búsqueda y la identificación de la toxicidad son dependientes del doble ejercicio que tiene mayores implicaciones para la autocrítica. No obstante, en un mundo pragmático donde la racionalidad económica ha tomado a la política, la crítica ha sido clausurada.

Si toda cultura contiene elementos tóxicos, la pedagogía debe ser no solamente *crítica*, sino también *autocrítica*. La admiración acrítica de una cultura suele reproducir errores y uno de ellos es el rechazo a nuestra propia cultura. La valoración ciega de nuestra cultura conlleva un cierre a la apertura de lo otro cultural. Fácilmente admitimos los errores de los otros, difícilmente descubrimos la manera en que se reproduce en nosotros la distorsión, la exclusión y la ceguera en general. Una pedagogía autocrítica debe ayudarnos a ser críticos de nosotros mismos, al mismo tiempo que podemos desvelar las reproducciones limitadas de otras culturas.

La pedagogía crítica y autocrítica debe ayudarnos a luchar contra los clichés, las premisas sobre lo otro, los otros y las otras, las falsas auto-comprensiones, las ilusiones culturales, las reproducciones de la mediocridad, el canibalismo, el dogmatismo, que tiene un alto costo sobre los demás. Las ilusiones y las cegueras se reproducen fácilmente porque nunca nos vemos a nosotros mismos, mientras vemos todo lo demás, o porque es muy común que nos mintamos a nosotros mismos.

La pedagogía crítica y autocrítica no puede romper con nuestra actitud para admirarnos de lo otro, las otras y los otros, acoger lo que no conocemos, ser orgullosos de muchas cosas que tenemos y somos, pero también aprender a vivir en la incertidumbre lo cual nos exige de mucha innovación y audacia. Necesitamos formar estudiantes que se hagan cargo de lo otro, que dialoguen con otras y otros y se rehagan regularmente. *Que cada uno sea una obra de arte*, como sugería Pestalozzi, es un gran objetivo, que cada uno esté dispuesto a irse construyendo y reconstruyendo en la vida es un imperativo cultural, ético y político.

Una tercera condición es que ***las culturas que se encierran en sí mismas tienden a autodestruirse***. No hay nada que haga más daño a una población o persona, cultura o pueblo, partido o movimiento como el encerramiento ontológico. Las derrotas mayores suceden cuando

creemos que afuera no hay nada que nos interese porque las otras y los otros atentan contra nuestra paz, o vienen por nuestro dinero, o por nuestro trabajo o porque perdemos nuestro carácter original. El miedo hacia el otro es muy común dentro de un capitalismo en crisis o una globalización contra la pared. Los cierres vienen de quienes más tienen miedo a perder el poder. Quien se encierra, en este caso, está ahogado en su propio miedo.

Hay muchos motivos que nos llevan a querer encerrarnos además del anterior. También nos queremos aislar porque nos persiguen o porque necesitamos un tiempo para nosotros mismos. El encierro por persecución se coloca en la misma línea del encierro por el miedo al otro, pero en el primer caso el enemigo es preciso. No le encerramos al otro, somos nosotros los que nos encerramos a manera de huida o distancia.

Romper el encierro es estar dispuesto a cuestionar nuestra seguridad bajo la tentación de construir muros, a desconfiar de nuestras convicciones, a poner en duda nuestras certezas sin abandonar la rigurosidad de la verdad y la ética de la hospitalidad. Luego, romper no es únicamente abrirnos, insoslayablemente implica un movimiento interno, de lo contrario, los miedos nos conducen a reproducir exclusiones, agresiones y violencias.

La pedagogía como *celebración de lo otro, las otras y los otros* hace parte de una interculturalidad educativa. Al contrario del miedo, el otro es vitalidad, es ruptura con la costumbre y la normalidad, es un viento de libertad. Nos celebramos en los otros y las otras, nos encontramos en lo otro. Los conocimientos, las disciplinas, los saberes y las ciencias son una manera de encontrarnos con esos otros que solo vemos a través de lo otro. Una escuela, colegio y universidad requiere de la presencia de esos otros y otros, de la validación de lo otro, y también de su celebración, pues los otros y las otras son los que impiden que nos perdamos en nosotros mismos, que enloquezcamos en nuestra soledad, ellos no permitirán que nuestra palabra no se pierda en un monólogo vacío y aterrador.

Una cuarta condición es ***reconocer a las culturas como diferentes e iguales***. La diferencia sin la igualdad cae en el racismo; la igualdad sin diferencia, coloniza. Nos aterra la diferencia, porque además de

estar anidada en la Globalización, existe una *proto-ontología de lo Uno* que atraviesa la historia, la política y la ley que es con-sanguínea de la religión. La diferencia sin igualdad, santifica el culto de los mejores. La igualdad sin diferencia, masifica. En la mera diferencia nos perdemos porque prevalece el aislamiento y conlleva a la renuncia de la comunicación. La igualdad se convierte en producción en serie cuando no reconoce la diferencia y desconoce sus sentidos pedagógicos.

La igualdad está amenazada en el Capitalismo Tardío. La libertad del mercado ha herido de muerte a la igualdad, debido a los grandes monopolios que cuando repiten *libertad del mercado*, quieren decir, *libertad del consumo*. La igualdad es homeostática para la libertad sin igualdad, caemos en el estado de naturaleza de Hobbes. Las brechas son cada vez más amplias. El mundo se está poblando de desposeídos de las necesidades básicas para sobrevivir. La riqueza en pocas manos explota a la igualdad.

Toda cultura es diferente, no se parece a ninguna otra, ella es incommensurable. Una cultura puede estar cercana a otra, pero nunca serán idénticas, puede repetirse, pero jamás llegará a estar atrapada en la mismidad. El diferir de la diferencia no es una negatividad, es una condición de existencia.

La igualdad es un estatuto jurídico y político que regula las oportunidades en el Neoliberalismo y los derechos en la democracia. La Teología Católica también tiene un decreto de igualdad el cual corresponde a un imaginario de origen divino. Este estatuto pretende hacernos iguales ante Dios, en igual tentación frente al pecado y la general necesidad de la gracia, pero no tiene efectos en el mundo terrenal.

El fetiche de los mejores en el modelo globalizado y neoliberal de educación rompe con la igualdad. La educación que mide los aprendizajes tiene como núcleo cultural la competitividad. El reflejo animal se basa en llegar a la cúspide de los mejores o por lo menos intentarlo a través de la regla matemática. Un número pretende saber qué tanto aprendemos o desconocemos, pero nunca puede demostrar cómo aprendemos o dejamos de aprender. La igualdad tiene alguna publicidad, pero dentro del marco de oportunidades iguales para competir. Aunque sea cuestionado el jefe que se instala en la cúspide,

lo que se quiere ideológicamente es que todos creamos que podemos llegar a la parte de arriba a base de esfuerzo, disciplina, estudiando, repitiendo el mito del millonario que primero fue lustrador de zapatos para justificar por el trabajo la acumulación y el robo que deja a la mayoría fuera de cualquier posibilidad digna de vida.

La pedagogía que *diferencia igualando y que igual ha diferenciado* es inaudita dentro del acto educativo. La escuela tradicional ha sido en la historia occidental una máquina al servicio del colonialismo y reproductora de las desigualdades. En este campo está casi todo por hacer. En la educación privada solo ingresan quienes tienen dinero, es decir, menos del 10% de la población, todos los demás van para la educación pública. En lo privado no hay negros, ni indios porque no tienen dinero, pero si lo tuvieran se encontrarían también con fuertes barreras racistas y sexistas. A veces, ellos pueden estar en el mundo privado por un acto que pretende ser universal pero que en realidad es condescendiente y estructuralmente excluyente.

La acción de igualar en el acto pedagógico es un manifiesto inicial que estimula la construcción posterior, como bien lo señala Rancière, pero también implica la innovación pedagógica para que las diferencias puedan transitar adentro y afuera, en las diferencias separadas por la escuela occidental y cínicamente neutral y hacia un interior domesticado, fragmentado y contenido.

La quinta condición es *ir hacia una interculturalidad múltiple*. **Los seres múltiples** estamos constituidos por interculturalidades múltiples que se conforman de múltiples maneras. El secuestro de la interculturalidad por un determinado grupo es un despropósito. La interculturalidad es una huella biológica, por lo tanto, no pertenece a un específico grupo. Nuestra historia está compuesta de millones de interacciones conocidas y desconocidas, conscientes e inconscientes, honorables y bajas, morales e inmorales. Nadie se escapa de tal multiplicidad constitutiva.

El mapa de la interculturalidad se mueve en geografías que aíslan y conectan, estáticas y móviles, diferenciadoras y mezcladoras. En cualquier lugar donde existan poblaciones encontramos nodos

culturales que se juntan y se rechazan, se atraen y expulsan. Incluso, las poblaciones migrantes se contagian y se afectan por las culturas que los acogen y los aíslan.

La interculturalidad intergeneracional está atravesada por movimientos culturales que vienen del ecologismo, las tecnologías, el feminismo, la música, la búsqueda de identidades, etc. Ser mujer hoy no es lo mismo que hace 20 años. Las olas culturales lo han cambiado todo y en cualquier persona joven significan nuevas claves. La violencia, los derechos sexuales, la capacidad de decidir, las mentalidades diferencian una generación de otra.

Una educación centrada solo en la cultura científica europea o en una de las identidades norteamericanas, o latinoamericanas, o en la adhesión a un tipo de música, cada vez se convierte en más improbable porque la cultura científica implica una interculturalidad disciplinar, cualquier identidad es un nodo de culturas y la música se ha conformado en tradiciones que se mezclaron y hoy se siguen fusionando con lo nuevo.

La sexta condición es que *toda cultura sufre procesos de transformaciones regulares e irregulares* y en una sola cultura ningún ser humano encuentra todas las respuestas a su existencia. No existe la cultura esencial porque no hay culturas puras. Ellas han sufrido y han estado sometidas a procesos coloniales y de mestizaje.

Las culturas cambian, se transforman, algunas de forma muy sorprendente. No hay duda que la globalización ha significado cambios acelerados en muchos aspectos y uno muy importante es en la comprensión del mundo y la comprensión de nosotros en él. Sus transformaciones pueden implicar cambios cualitativos, otras veces exigen posturas camaleónicas. La regla de lo mejor y lo peor está descartado.

La cultura no es ya la separación de la biología, tampoco es la nueva biología; la cultura es la constitución del ser condenado a la incompletitud, y por lo tanto necesitado de verse y construirse en lo que no es él, que no es el no-ser. Algunas respuestas las podemos buscar en nosotros, pero siempre serán mínimas. La democracia como comunitariedad es una buena salida, no obstante, siempre debemos volver con otros y no únicamente sobre nosotros.

Los modelos pedagógicos están cambiando aunque los pedagogos no los cambiemos. Un modelo nunca es un texto, es un acto que no alcanzamos a captar porque el sentido profundo del aprendizaje escapa a nuestros ojos. El escrito único solo pertenece a las religiones que solo necesitan adeptos. Cuando pensamos algo lo cambiamos y porque está cambiando lo pensamos.

En educación necesitamos rehacer los mapas pues todo está cambiando para entender hacia dónde está yendo todo, quiénes han llegado a nuestra geografía sin aviso, quiénes se han ido, qué nunca hemos visto y dónde estamos. Un maestro necesita ser un cartógrafo para que el sentido pedagógico no caiga en la ceguera.

La última condición es que lo importante de la intersección de culturas en la interculturalidad no está en lo que se junta sino en aquello que *emerge* a partir de las interrelaciones. $1 + 1$ nunca es 2 para la interculturalidad. Lo que se junta genera algo nuevo y eso nuevo es impredecible, no es medible y tampoco puede ser controlable.

La emergencia de la interculturalidad explosiona, así, cualquier reconocimiento no tiene sentido porque están perdidas las pistas del origen. No nos reconocemos en la interculturalidad, porque la dualidad del yo y el otro, o nosotros y las otras y los otros se hace añicos. Hay algo que es más que la suma y menos que la resta, que se explica, pero sigue siendo incomprensible.

El carácter de la emergencia tiene rostro, es estético, está fuera de cualquier molde ya que ingresa sin aviso, sin pasaporte, a manera de un migrante.

4. Conclusiones para una pedagogía intercultural

La interculturalidad como un proceso dinámico impide las fijaciones raciales, no obstante, lo fijo se produce en todos los fenómenos que reproducen la negatividad de los otros. La interculturalidad rompe con las fijaciones propias del colonialismo y el racismo. Mbembe Achille dice en *la crítica de la razón negra* que:

“La tendencia a abordar la identidad en términos de identidad mutua y en un mismo mundo. Ella vive en una auto-fijación, auto contemplación, y sobre todo enclaustramiento. Por eso, el negro es una raza con significado para los imaginarios europeos.

Así, la definición de negro tiene relación con una situación de delirio, lo cual tiene unas manifestaciones elementales: por eso negro es aquello que vemos cuando nada se ve, cuando nada comprendernos y sobre todo cuando nada queremos comprender. La palabra negro suele venir acompañada de una exuberancia irracional al lado de un sistema racional. Luego este sistema provoca que nadie que sea negro puede ser tratado como un negro real”.

Así, aquello que fijamos lo hacemos en el plano del enclaustramiento, la separación y la condena. La fijación de una identidad tiene solo una intencionalidad: su aniquilamiento.

La intercultural educativa reformula la emancipación en una doble dirección: uno, no liberamos a lo otro, los otros y las otras, nos liberamos con lo otro, los otros y las otras en nosotros donde somos otros y otras. No están los otros y nosotros en lugares opuestos, somos pueblos y personas compuestos, formados, deformados por múltiples culturas, contradictorias, complementarias, antagónicas y concurrentes. Dos, la interculturalidad por ser lo que junta es también aquello que genera distancia y ésta es inexorable al encuentro, la alianza y el consenso. Nada no puede juntar sin distanciar. Esa distancia en con respecto a lo que nosotros pensamos que somos, a lo que los otros piensan de nosotros, a lo que creen los otros de ellos mismos y nosotros de ellos. La distancia indispensable se provoca en la misma inter-relación de culturas.

La interculturalidad educativa es una zona de no-ser en el inicio, en el ser que deviene en múltiple. A pesar de la multitud en la constitución del ser intercultural, ella es una región extraordinariamente estéril y árida, una cuesta esencialmente despoblada, por lo que el ser está obligado a devenir nuevamente, a dejar de ser en los términos anteriores.

El ser del emprendimiento, y el otro de la negación son convocados en la deformación de la interculturalidad. Vibramos sin armonías, en la dispersión, racionales e irracionales, obligados a elaborar nuevas verdades para vivir en la antinomia de lo coexistente. Lo que no ha sido, comienza ser de otro modo.

Referencias bibliográficas

- Mbembe, A. (2014). *Critica de la razón negra*. Antígona, Portugal.
- Aimé, C. (2015). *Discours sur le colonialisme*. Paris, Présence Africaine.
- Berardi, B. (2003). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento social*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Espinosa L., Greco B., Penchaszadach A., Ruiz del Ferrier M., Sferco, S., (2018). *Por qué (no) leer a Byung-Chul Han*. Buenos Aires: Colección la Tripulación.
- Meirieu, P. (2018). *Pedagogie: le devoir de résister*, ESF Sciences Humaines, Paris.

